

La pared de ladrillo- Mario Carvajal de la Fuente

Mario Carvajal de la Fuente



Image not found.

Capítulo 1

LA PARED DE LADRILLO

PROLOGO

Tenía cinco años, recuerdo sostenerme con las manos en el asiento trasero del carro para ver el exterior. Mi padre en ese tiempo era conductor de un taxi. Vivimos en el Puerto de Veracruz, y esa noche lo acompañe, pues no había quien me cuidara. Llevábamos a bordo a un hombre vestido de traje con un maletín plateado -brillaba mucho- lo llevaba sobre las piernas, sus manos descansaban sobre él. No deje de observarlo bajo ninguna circunstancia. Era muy curiosa, mi papá me cuenta que de niña siempre seguía a desconocidos por las plazas para ver donde iban. Estábamos en el centro de la ciudad, dando vueltas. Llegamos a una calle de poca iluminación, las farolas del auto eran lo que alumbraban casi todo. Mi papá tenía una mano en mi espalda, miraba para todos lados. A pesar que en ese entonces la ciudad era más segura que hoy en día, la gente le tenía pavor a la noche, muchas historias de asaltos. El hombre le ordeno a mi padre detenerse. Le pago y bajo del vehículo. Todo normal, dirán. Lo seguí con la mirada, el caminaba dentro de un pequeño callejón cerrado. Al fondo, se divisaba el color rojizo de una pared de ladrillos. Le pregunte a mi padre porque alguien querría meterse en un lugar como ese a plena noche. Lo recuerdo con claridad, posiblemente mi memoria más fuerte e intensa. Mi padre movió la cabeza y dijo que no eran asuntos suyos. Yo seguí mirando por la ventana y el taxi avanzo. Perdía a mi objetivo, que seguía caminando. Justo antes de perderlo de vista, lo vi pasar a través de la pared como si nada, como si fuera aire. Comencé a gritar, moví los brazos y me subí al regazo de mi padre. Le rogué que regresáramos al lugar, que un hombre acababa de atravesar una pared. El, por supuesto, se negó, tirándome a loca, y no lo culpo, ¿Qué credibilidad podía tener una mocosa como yo? Me dijo que lo imagine, que quizá vi algo en la tele y lo combine con la realidad. Llegue igual de alterada a casa, llorando para que regresáramos, jurándole por Dios que lo que vi fue verdad y solo teníamos que volver para corroborarlo. Le termine mordiendo el brazo en un ataque y el en otro me aventó al sillón. Me grito que me callara y el asunto termino conmigo castigada sin ver la tele una semana y sin mi huevito Kinder, que me compraba cada dos días saliendo del jardín de niños. Terminaron pasando dos cosas esa semana. Una: me convencí a mí misma para el resto de mi existencia que lo del callejón fueron ideas mías. Dos: descubrí mi mayor afición, la lectura. De forma curiosa o paradójica-como quieran llamarle- mi padre siempre se quejaba de mi imaginación, me la pasaba soñando despierta, distrayéndome de las cosas terrenales, pero nunca se oponía a comprarme un cuento cuando lo pedía, supongo era mejor verme botada en la cama a tener que andar persiguiéndome por toda la casa para que no me cayera y rompiera un brazo. Ese suceso, sin saberlo, dividió mi

vida en un antes y después. Todos tenemos uno, ese fue el mío.

Ese momento, como muchos en la infancia, quedo enterrado en mi memoria, lo que quedo fueron las repercusiones. En mi opinión, si quieres saber el motivo de tus acciones de hoy, busca en tu infancia, allí estarán las respuestas. Fue hasta años después, que todo vino a mí como una avalancha. Verán, para ese entonces acababa de cumplir veintiún años y no tenía ni la más remota idea de que sería de mi vida. No tenía dinero, no estudiaba ni trabajaba. Acababa de abandonar la fabulosa carrera de filosofía en la Universidad Veracruzana y fui despedida de un empleo hace dos meses, por incompetencia. La última era mi segunda carrera abandonada. No me dirigía a ningún lado, mi vida estaba en una pausa eterna. Mi padre cada día se decepcionaba más, aunque no lo decía. Mis mejores amigas formaban su vida, estaban por acabar la carrera, otras andaban en viajes o estudiando en el extranjero y yo seguía estancada con mentalidad de una puberta de preparatoria. Ni siquiera en el amor, en ese aspecto andaba igual o peor que con la escuela. Iba por la calle, bajo el ardiente sol veracruzano, con la blusa pegada a mi espalda del sudor, un folder verde en la mano que contenía una solicitud de empleo y un Curriculum como para vomitarle encima. Me dirigía a un Italian Coffee del centro, lo más provechoso que podía hacer en lo que descifraba que carajos hacer. Estaba a punto de echarme a llorar y llamarle a Carla para contarle lo patética de mi existencia. Cruce la calle, unos idiotas me gritaron desde un carro y camine unos cuantos metros. Me detuve. Todo volvió, el recuerdo, el taxi, el hombre del traje y la pared. Mire a mi derecha y ahí la tenía: roja, gastada y sucia; la misma pared de hacia dieciséis años. Me convertí en una niña, sonreí como una idiota. No pude evitarlo, tuve que entrar al pequeño callejón, lleno de basura y charcos con olor a orina. Fui directo al fondo y alce una mano. Me reí de la estupidez que haría. Que ingenua, que inocente. Que tonta, debí darme cuenta que por esas acciones mi vida estaba como estaba. Y debí de darme cuenta, que durante toda mi vida tuve razón. Y que imaginar no tiene nada de malo. Ese instante fue la culminación de mi momento divisorio, pues todo lo que paso después, para bien o para mal, fue gracias a ese recuerdo.

1

LA LLEGADA

La memoria del sueño quedo en la bruma del olvido. Un escalofrió me devolvió la consciencia. Me moví con torpeza, entre sueño y realidad. Una brisa agito mi cabello, el viento fresco sobre mi piel sudorosa causaba una sensación de frío. La temperatura del ambiente se redujo abruptamente.

Debajo, unos picos suaves provocaban comezón en hombros y brazos.

-Hola.

Una voz aguda llamo, insistiendo y creciendo en tono, supuse que se acercaba. No recordaba haber dormido en las últimas horas. Abrí los ojos, encima mío, troncos de enormes arboles con ramas gruesas, llenas de hojas que eran mecidas por el viento. Mi vista tardo en volver a la normalidad. No tenía idea de lo que pasaba. Estaba desconectada, ajena, como si tuviera un filtro en mis ojos. Tratar de levantarme fue inútil, mi cuerpo pesaba y los escalofríos continuaban junto con un choque de electricidad que provenía de mi columna. Una fina capa de tierra y hojas cubrían mis brazos y cuello.

-¿Estas bien? ¿Necesitas ayuda?

Un muchacho no mayor de quince años, blanco, delgado y con ropa de ganadero renacentista vino a mí y me tendió la mano. Sus dedos ásperos y callosos a centímetros de mi cara y pecho. Eche un grito, gatee al árbol más cercano y me aferre al tronco, balbuceando preguntas que nadie respondió. ¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy? Respire deprisa. Los latidos de mi corazón retumbaban en mi interior. El chico alzo las manos y retrocedió. Se agacho lentamente y puso las manos sobre la tierra.

-No voy a hacerte daño- me dijo-. Vine a recoger leña y te encontré tirada justo debajo de ese árbol. Pensé que necesitarías ayuda. Es raro encontrar gente por aquí, normalmente encuentro gatos.

Su acento era extraño, no me había percatado, pero hablaba inglés, una variación rara y pomposa. La cabeza me pulsaba, mis sienes palpitaban. Me acaricie con una mano y con la otra me ayude a levantarme. Como pude, intente contestarle con mi inglés; moderno, simple y con el nopalazo en la lengua.

-¿Por qué estoy aquí?

Resbalaron lágrimas de mi mejilla. No, lo escribo muy calmado, la verdad lllore a cantares, los mocos se me escurrían y el poco maquillaje que llevaba debió correrse. Mi cuerpo se dobló. No tenía puta idea de que sucedía. En un momento estaba en una ciudad en México y en el otro despertaba en la mitad de un bosque. Entiendan que fue el primer impacto, la primera reacción. Mi mente no podía formular ninguna pregunta o especulación. Lo que hice fue gritar y revolcarme en el piso, mi cabello enredado y despeinado se llenó de hojas secas y suciedad. Mis tejanos ahora tenían rasgaduras en la rodilla y manchas cafés por la tierra. Me pasaba las manos por el cabello y me lo arrancaba, enterraba las uñas en mis cachetes y lloraba en silencio en posición fetal. Me vida había sido arrancada. Decir que me rompí o destroce era poco. Pienso que

en ese momento exploto lo que llevaba dentro. No supe cuánto tiempo me quede tumbada, y no recuerdo si me desmaye o seguí gimoteando, solo sé que después todo se calmó, el mundo dejó de dar vueltas. Mi cabeza me mataba, y tenía un malestar general en el cuerpo, incluso vomite. El ganadero se quedó todo el rato conmigo, sentado a la distancia sin decir ni hacer nada. Me pregunto ahora que habrá pensado de mi y que la razón por la que tiempo después me dijo que se quedó no la valdré nunca. Doy gracias a que se quedó, porque sin él no sé qué hubiera hecho. Y no quiero ponerme a imaginar lo que me hubiera pasado. Lo voltee a ver, mi barbilla temblaba y los ojos dolían. Era un monstruo. Formule la única palabra que se me ocurrió:

-Ayuda.

Acudió a mí con cautela y me volvió a ofrecer su mano. Esta vez la acepte y me levante, me sostuvo de la espalda para que no cayera, mis piernas seguían débiles. Mis pasos eran torpes, tuve que agarrarme de su hombro por varios segundos hasta que pude mantenerme por mi misma, el me dejó y fue al árbol, recogió mi bolso y me lo entrego, le quite la suciedad y lo colgué en mi hombro. Trato de ser discreto, pero no dejaba de echarle miradas furtivas al bolso ni a mi ropa. No le di importancia y continuamos, el me guiaba por el bosque. Para donde mirara, un infinito horizonte de árboles, ningún camino trazado y ninguna persona a la redonda. En mis oídos un zumbido constante.

-¿Cómo llegaste ahí?

-No lo sé.

A unos metros, llegamos a donde se ubicaba un costal lleno de madera cortada, junto a este, un hacha. El chico me dejó recargada en un árbol mientras tomaba las cosas.

-Mi casa está cerca- me dijo, sus piernas temblaban y su voz era quebradiza-. Si gustas, podrías ir conmigo, parece que necesitas ayuda. Puedes quedarte en lo que te recuerdas a dónde vas y te recuperas.

Asentí. El niño sonrió y se puso en marcha con paso ágil, me costó seguirlo, se movía con naturalidad, sin fijarse en el piso, pisaba siempre el lugar correcto. Recorrimos el bosque en silencio, no avistaba caminos o gente, bien podríamos estar caminando en círculos por donde me encontré. No sabía si me alejaba o acercaba, solo que confiaba en él. Después de todo, era la única opción. Salimos del bosque en lo que calcule veinte minutos, llegamos a un camino despejado hecho de piedras. El chico dejó de ir por delante y camino a mi nivel. Me sonrió, en sus cachetes se formaron hoyuelos.

-¿Cómo te llamas?

-Roy- dijo, aliviado por la ausencia del silencio incomodo-. ¿Y tú? ¿De dónde vienes?

-Ana. Vengo de Veracruz.

Roy repitió el nombre de la ciudad con mucha dificultad, miro al cielo con aire meditabundo. El sol había descendido desde que desperté, en un par de horas oscurecería y no tenía una pista de mi ubicación. Apreté el paso para que el chico hiciera lo mismo, el costal oscilaba en su espalda y el filo metálico del hacha chocaba contra el suelo en cada saliente.

-No me suena familiar- me dijo-. Pero tampoco es que conozca tanto mundo. Tal vez puedas preguntar a mi madre cuando lleguemos. Veremos que puede hacer. ¿Ya recordaste como llegaste?

-Aun no. ¿Estamos lejos de llegar a tu casa?

-No tardaremos mucho. Te gustara mi casa, es pequeña, pero muy bonita y acogedora. Le diré a mi madre que te prepare una bebida de hojas. Siempre que enfermo me da a beber y se me pasa, o al menos me tranquiliza. Eso que llevas colgando, ¿Qué es?

-Oh, esto- señale mi bolso y Roy asintió. Me lo quite del brazo, pensé en dárselo para que lo observara de cerca, pero estaba en un lugar desconocido y era lo único que tenía, no me arriesgaría. Había tendido la mano para recibirlo, lo aparte al último momento y me lo colgué en el hombro del otro extremo-. Es un bolso, sirve para guardar cosas que son incomodas para cargar con las manos. Como la leña que traes en el costal, sería difícil llevarlas cargando, pero el costal te lo facilita y disminuye parte del peso.

Roy asintió y sopeso su cargamento. Respire profundo y apreté el bolso contra mi cuerpo, no podía permitirme perderlo. Lo observe con el rabillo del ojo, pensando en la extrañeza de ver a un preadolescente buscar leña. Su ropa, pantalones de algodón y una camisa vieja llena de parches que no terminaban por cubrir todas las rajaduras. El cabello revuelto sin peinar. Sus manos eran ásperas y su cuerpo se mostraba acostumbrado al trabajo físico. Era un hecho que no seguía en la ciudad de Veracruz, la temperatura era muy baja para ello, calculaba unos 17°C, mi blusa no era suficiente para cubrirme, esperaba llegar pronto. Quizá estuviera cerca de Xalapa, o en un lugar muy por encima del nivel del mar, puesto que el ambiente era seco. ¿Un secuestro? Me durmieron, tuvieron complicaciones y me botaron en un lugar olvidado de dios. No, para eso estuviera cerca de una carretera. Como fuere, llegando a la civilización me enteraría. Roy pregunto un par de cosas, las cuales ignore actuando como si estuviera demasiado concentrada en el paisaje. Ojala hubiera puesto atención a las

clases de ciencias naturales, o al menos investigar sobre el tipo de flora que se da en ciertos climas. Así podría ubicarme. Todo a mi alrededor era desconocido ante mí, los arboles eran de tronco grueso y las hojas comenzaban a tener una tonalidad café, se acercaría el otoño. Era lo único que podía decir, cosa rara, porque en Veracruz acababa de comenzar el verano. Acabamos en un claro, el camino de piedra seguía y bajaba por una colina. Había pasto salvaje por doquier. Me detuve, al fondo, una mansión enorme de tres pisos de colores opacos hecha de piedra, a su alrededor diferentes cultivos que albergaban verduras y plantas en su mayoría, y espacios para la cría de animales.

-Hemos llegado- dijo Roy.

Trague saliva.

-¿Vives en ese lugar?

-Oh, no- contesto-. Ese es el hogar de los Viktorssons. Mi casa está por allá.

Señalo muy distanciado de la mansión, unos tres kilómetros, una casa diminuta, no pude verle bien los detalles por la lejanía. El chico ajusto la leña a su espalda y camino animosamente, tarareando una canción. Lo seguí de cerca, tratando de observar cualquier detalle que me diera una respuesta y si no suponía un peligro seguirlo. En la travesía, pasamos por varias de esas casas, todas estaban separadas entre sí por grandes praderas, el camino se bifurcaba para ir a cada una de ellas. Algunos hogares (conté cinco de ellos) tenían sus propios cultivos y animales. El suelo de rocas se transformó en uno de tierra, apenas marcado, el pasto pedía devuelta su espacio por derecho. Mis zapatos y el comienzo de mis vaqueros se manchaban de tierra y lodo, cada tanto nos encontrábamos un charco que teníamos que pasarlo. Roy me advirtió que evitara salirme del camino y andar en la maleza. Lo disimulaba, pero le daba gracia verme caminar, tropezando a cada momento y pasando por las esquinas de los charcos para no mojarme.

-¿Qué?- le dije por que no soporte su cara, los ojos que ponía a ver a esta ciudadina.

-Nada- dijo con una sonrisita. Al verme bien, abrió mucho los ojos-. Oh, vaya. Debemos apresurarnos, ¿ya te viste los hombros?

Alce una ceja, no sabía a qué se refería. Me revise, en efecto, pasaba algo. Tenía al menos una docena de puntos rojos en los hombros y cuello, no me percate de los moscos, quizá por la impresión de no saber dónde estaba.

-Vamos- me tomo de la mano y jalo-. Mi mamá tendrá algo para darte. Ya decía que tenías apariencia de pertenecer a las grandes urbes.

Me dejaba llevar por el muchacho, decía que sí y lo seguía a donde quería. Bien pudo llevarme a matar, o quien dice que no estaba ahí porque él fue quien me secuestro. Lo vi menor y le tome confianza, como si con la edad uno fuera adquiriendo malas costumbres, como si en la niñez no nos naciera hacer cosas malas. Veo el mundo de diferente forma a como lo hacía en ese entonces, a pesar de mi edad, seguía siendo inocente y dócil. Siempre me dejaba acarrear por gente o circunstancias, esperaba que me marcasen el camino. Por eso, cuando termino la preparatoria, mi vida tomo un rumbo totalmente distinto a como lo proyectaba en mi cabeza. Esperaba que mi padre, familiares o amigos me dijeran que carrera elegir, en que era buena, pero no pasaba, todos sus consejos los tomaba como inútiles o las carreras no eran de mi agrado. Era mi culpa también, muchas veces pienso que tengo suerte de sobra o que soy buena en las cosas y hace que no me esfuerce, obteniendo los peores resultados y quedando como holgazana. Me quede sin rumbo y carecía de ambición. Díganme, en pleno siglo XX1, ¿Qué le espera a una persona sin ambición?

-Llegamos.

Roy apretó mi mano y corrió sin importarle que estuviera detrás. Tropecé en cada montículo, rezando por no caer. El chico se detuvo de golpe, la inercia me hizo seguir, choque con el costal de leña y ambos caímos. El costal se abrió y la madera se dispersó por el piso. Roy se llevó la palma a la frente y dio un quejido.

-Lo siento, lo siento- repetía en lo que Roy recogía la madera y la iba apilando cerca de la puerta de su casa.

Lo ayude, que era lo correcto, aunque cuando me decidí casi terminaba. Los pocos que recogí, los puse en el montón que él había formado por dentro de la cerca de la casa, sobre pasto bien cortado. Un camino de piedras llevaba a la entrada, era una casa modesta, de partes de madera y otras de lo que creí era cemento. En el porche, una mujer con un vestido largo y gastado nos miraba con los brazos cruzados. Agache la cabeza al instante y fingí acomodar los troncos. No sabía que esperar.

-Mamá- se adelantó Roy, yendo con ella, la abrazo y esta beso su mejilla. Luego me miro a mí y a mi ropa-. Ella es Ana, la encontré dentro del bosque desmayada. No recuerda como llego y le dije que podíamos ayudarla. ¿Podemos?

La mujer le revolvió el cabello al chico y le sonrió.

-Por supuesto que podemos. Anda, ve atrás a ver cómo están las gallinas.

Roy no me miro, corrió a un lado de la casa y le dio la vuelta, ambas le vimos hasta perderlo de vista. Me acomode la ropa y me pase el cabello por detrás de las orejas. La mujer me miraba de arriba abajo sin decir nada, me estudiaba y observaba mi vestimenta. Avance dentro de su propiedad. Ella bajo los peldaños. Dijo que me ayudaría frente al chico, ¿lo habría enviado detrás para que no viera como me echaba?

-Buenas tardes- dije, mi voz temblaba y no salía con la fuerza suficiente-. Me llamo Ana. No quería molestarla.

-No lo haces- dijo, miro el cielo y asintió-. Pronto oscurecerá, ¿por qué no entras y me cuentas que sucedió?

El mundo se fue de mis hombros, le hice mi mejor sonrisa y accedí. Ella se adelantó, fui con pasos silenciosos, estaba en un lugar ajeno, lo sensato sería mostrar educación. Al entrar, unas pezuñas raspaban el piso, a la derecha, un perro de tamaño considerable se precipitaba a mí dirección. Brinco y apoyo sus patas delanteras en mi abdomen, sus uñas se enterraban en mi blusa y arañaban mi piel bajo la tela.

-Benzo- la mujer tomo al perro por la piel de la parte trasera del cuello y jalo con todas sus fuerzas-, ¿Por qué no dejas de ser tan bruto? Ándale, a tu rincón.

Señalo el final de una pared y Benzo fue con la cabeza gacha, rasco el piso y se hecho, su cola se movía y sus ojos estaban posados en la extraña.

-Lo siento por Benzo, siempre se pone así con gente nueva, se excita demasiado. Lo dejamos todo el día fuera para que ande calmado, pero no se le acaba la energía.

-No hay cuidado. Me gustan los animales. Su casa es muy bonita.

-Esta vieja pocilga- dijo la mujer, haciéndola menos-. Sirve para no mojarnos cuando llueve. Por dios, tus hombros. Ven, siéntate acá. Te pondré algo.

La mujer fue a la cocina, que estaba a un par de metros de donde nos encontrábamos. La casa era pequeña y llena de artilugios viejos, pero ordenada y limpia, salvo por el piso, que tenía una capa de tierra encima, probablemente por el ir y venir del perro y de personas a lo largo del día. Me sentó en una silla en la cocina, junto a una mesa de madera, sobre ella había frutas y varios condimentos enfrascados. Ella molía unas plantas en un tazón, le hecho agua y otra sustancia que no alcance a ver. Luego puso agua a hervir. Fue a mí, metió la mano al tazón, salió llena de

una espesa sustancia, la tallo en sus manos y luego la paso por mis hombros sin decirme nada. Desprendía un olor denso, al contacto tapo mi nariz y tuve que abrir la boca, me recordó al Vaporub. Me dijo que dejaría de picar en unos minutos y disminuirían la hinchazón, y que esperaba que no me pegaran nada, que a veces transmitían enfermedades que te dejaban tirado en la cama semanas y a veces la muerte. Eso era muy severo, a lo mucho me pegaría dengue, lo cual no me preocupaba.

-Gracias-dije-. Es muy amable.

La mujer se sentó, cerró los ojos y exhalo. Los mantuvo de esa forma, dejo ir su peso al respaldo y estiro las piernas, como si llevara todo el día esperando ese momento de paz, que ahora interrumpía. Hubo un ruido. Benzo raspaba la puerta con su pata y chillaba para salir, viéndonos con grandes ojos llorosos. La mujer le grito y el canino corrió al rincón.

-Bien, Ana. Ya que estamos, plátame de ti. ¿Cómo acabaste desmayada a la mitad del bosque?

-Bueno, yo... caminaba por la calle y entre en un callejón. Es todo lo que recuerdo, mi memoria se nubla desde ese momento. Después aparecí tirada en este lugar, su hijo me encontró y me ofreció su ayuda. Siento la intromisión, pero no sabía qué hacer. No sé dónde estoy, ¿podría decírmelo?

-¿No sabes dónde estás?-alzo una ceja-. ¿Cómo es posible? Entiendo que te golpearas, ¿pero no saber? Es toda una rareza. Ahora estas dentro de las tierras de la familia Viktorssons. Tres millas al norte esta Black Rock.

Hubo un silencio profundo, más allá de la incomodidad. La señora palpaba la magnitud del asunto, pero no fue capaz de decir nada, sabia mi perdición.

-No sé dónde estoy- dije-. Ni cómo regresar a casa.

Recuerdo quedarme viendo la madera de la mesa, las astillas salidas y las partes oscurecidas del material. El perro chillando y la puerta abriéndose con estremecimiento. Roy entrando, mirándome como si fuera la primera vez que me encontrara, como si no asimilara mí presencia. Benzo se le echó encima lamiéndole la cara, Roy lo abrazo y lo aparto.

-Las gallinas están bien, limpie su lugar, les di de comer y les deje agua.

-Muy bien, hijo. Ven a sentarte con nosotras. Platicábamos Ana y yo, no recuerda nada, no sabe dónde está y tampoco regresar.

Roy tomo un banco y se sentó. Trago saliva.

-¿Qué pasara con ella?

Su madre resoplo por la nariz y torció la boca, se pasó la mano por el cabello y me observo. Le sostuve la mirada, termine cediendo y bajando la mirada. Ya me preparaba para dar las gracias por la hospitalidad y salir de la casa.

-Se quedara con nosotros- dijo la mujer. Alce la cara de golpe. Ella me guiño el ojo-. Se acerca la noche y es peligroso que una ciudadina como tú se la pase afuera. Mañana veremos que hacer contigo, por lo pronto, dormirás con nosotros. No tienes que decir nada, no pongas esa cara. Ayudaras en la cena. A propósito, mi nombre es Susannah.

Se levantó y salió por una puerta trasera, Benzo fue tras ella.

-Ay, perro...

El agua sobre el fuego empezó a burbujear, Roy la quito y vació parte del tazón en un vaso, le puso la planta que molió Susannah, lo revolvió con un palito y me lo entrego.

-Toma, supongo era para ti.

-Si- dije-. Gracias.

La casa tenía dos habitaciones, por lo que supuse dormiría con Roy. La sala y cocina estaban llenas de curiosidades, utensilios y figuras marcadas en madera y de cerámica, libreros repletos de libros y papeles. Me propuse explorar los rincones de la casa por la mañana, y a checar los libros. Fuera, el cielo anaranjado marcaba el final del día. Tome el vaso y sople el líquido para enfriarlo, olía bien, continúe soplando y di un sorbo. Amargo y con un fuerte sabor a plante que no identifique, apure el resto del líquido y deje el vaso. El chico no hablaba y yo tampoco, el veía la mesa, sin hacer ningún ruido. Tome mi bolso y lo abrí, saque mi teléfono. Roy siguió el dispositivo con la mirada.

-¿Qué es eso?- entrecerró los ojos y se inclinó en la mesa para tener un mejor ángulo. Encendí la pantalla y vio el resplandor, se echó para atrás en la silla y respiro con fuerza con los ojos pelados.

-¿Esto?- le dije, agite el celular en la mano y vi el aparato como si fuera lo más normal del mundo-, es un celular.

-¿Un qué?- me miro largo rato, turnándose entre mi persona y el celular. Luego le brillaron los ojos en un gesto entre miedo y excitación-. ¿Tienes

magia? ¿Es tu centro de poder? ¿Para qué lo ocupas?

Había visitado colonias y pueblos remotos arrasados por pobreza e ignorancia, nunca nadie ha reaccionado así al ver un simple teléfono. Aunque no lo hubieran visto o tocado, conocían su existencia y su sorpresa al verlos era diferente, era emoción por ver dicha tecnología, no de esta manera. Su vestimenta, la casa y el paisaje no cuadraban con nada que conociera. Guarde el dispositivo en la bolsa y la puse en mi hombro.

-No, Roy- trate de disimular normalidad, pero lo que salió fue una risita nerviosa y falsa, inclusive para los ojos del chico debió verse falsa-. No soy mágica, ni tengo poderes de ningún tipo. Emm, ¿me dejarme ir al baño? Tengo bastantes ganas de ir. Te lo agradecería bastante.

-Claro- se levantó y me llevo a una puerta vieja al lado de un dormitorio-, es este. Cualquier cosa que necesites estaré cerca.

-Ok, Roy. Muchas gracias.

Cerré la puerta, las bisagras chillaron. Dentro, el piso era liso pero no de losa. El retrete era pequeño, junto a él, una cubeta de agua. Había una bañera de metal algo oxidada. El cuarto era oscuro, con una pequeña ventana, busque el interruptor por la puerta, pero no encontré ninguno, incluso con la ayuda de la linterna del celular. Era realmente extraño. Me senté en el inodoro. Como esperaba, no había señal telefónica ni ninguna red cercana. No tenía mensajes nuevos, intente llamar a mi papa de todas formas, imposible comunicarse. Le mande un mensaje por Whatsapp a él y a varias de mis amigas, con la esperanza que se enviaran los mensajes. La batería andaba al 76%, baje el brillo a la pantalla y lo apague. Lo usaría para emergencias. Saque una pastilla Halls del bolso y la comí, necesitaba un poco de azúcar. Salí del baño, la oscuridad se apodero de la casa. Roy y Susannah encendían veladoras, candelabros y lámparas de gas. La madre me pasó un quinqué, se volvió y fue con su hijo.

-Roy, esa leña la dejaste afuera. Si la dejas ahí se pondrá húmeda y no vamos a poder usarla después.

No termino la oración, dejo el suspenso en el aire. El chico reacciona y se puso manos a la obra. Camino a la entrada.

-Eh, Roy- el volteo a ver mi bolso, quería conocer más de la magia-. Déjame ayudarte con la leña, es culpa mía que se quedara allí.

Roy pregunto con la mirada a su madre, esta dijo que sí.

-Pero dale algo para cubrirse, está muy fresco fuera para que ande con tan descubierta, ya de por si andar por el día de esa manera es

alarmante.

Ignore el comentario y salí con Roy, fue directo a la pila. Estaba realmente iluminado, se podía ver con bastante claridad para ser de noche. El cielo estaba despejado. Encima de nosotros millones de estrellas iluminaban el suelo con su arcaico resplandor. Trayéndonos luz que ha viajado desde el Big Bang hasta nosotros. Pasee en círculos, admirando el hermoso espectáculo estelar que me regalaba ese remoto lugar, sin edificios, sin construcciones, solo la naturaleza. Algunas partes del cielo tenían tintes morados y rojizos, ¿Qué tan lejos estaban esas estrellas, cuales eran galaxias y cuantas eran soles? Gire sobre mi misma, observando maravillada, hasta que una vista me atrajo por su extrañeza. Pensé que vi mal, o que era un reflejo de otro lado, incluso me di una cachetada. Las piernas falseaban, señale con un dedo tembloroso el cielo, mi voz quebradiza.

-Roy, ¿Porque hay dos lunas?

-¿Lunas, a que te refieres? Oh, hablas de Las Gemelas.

-¿Las gemelas?

-Sí, te refieres a esa gran perla blanca del cielo y a la otra media perla.

-Dos, Roy, dos lunas. No es posible, explícame por favor.

El chico me echo otra de sus miradas discretas, como si fuera un alien. Eso es antinatural, dos satélites orbitando.

-¿Cómo no las conoces?- se rasco la cabeza-. Son las primeras cosas que uno conoce, es como no conocer los árboles o la tierra. Son Las Gemelas, se pueden ver por todo el mundo durante la noche, no importa donde estés. Hay ocasiones que las dos se ven tan grandes y redondas que da la sensación de poder tocarlas, otras veces se tornan rojas. En otras desaparecen por completo y un par de veces al año, aparece una tercera. Se dice que es la hermana bastarda.

-¿La hermana bastarda? Espera, ¿estás diciendo que puede haber tres lunas?

-Si. ¿De dónde vienes no se ven? ¿Qué lugar es que no conoces nada?

-Contéstame algo, Roy- Las Gemelas me tenían hipnotizada, mi mente no aceptaba que estuvieran a mitad del cielo. Tampoco era común ver tantas estrellas. En Veracruz y en casi todo el mundo era difícil encontrarte una vista así, la contaminación en la atmosfera no lo permitía. Ese fue el momento en que mi imaginación, las historias leídas, la realidad y mi credulidad convergían, el momento donde entendí que quizá no estuviera

en la Tierra-. ¿Conoces el término electricidad o corriente eléctrica?

-Conozco la electricidad. Viene en los rayos, es una forma de energía.

Saco el pecho y elevo el mentón, orgulloso de su respuesta.

-¿Puedes decirme que es un foco, una lámpara o una linterna? ¿Ocupan la electricidad para la casa?

El chico recogió un par de leños y negó con la cabeza, como si no saberlo dependiera de vida o muerte.

-No importa- dije-. Solo quería saber.

Recogí todos los leños que me cupieron en los brazos, caminamos a la casa y los depositamos junto a la chimenea, detrás de un alambrado. Mi mente iba a mil kilómetros por hora, pensando en las posibilidades y al mismo tiempo ignorándolas. Mi cerebro se cerró, como siempre hace ante situaciones que requieran procesos de largo razonamiento. Me limite a continuar con la tarea. Me dije que mañana sería un mejor día para continuar buscando respuestas. Por lo pronto, sabía que estaba en un lugar sin electricidad, sin las comodidades del siglo XXI y con dos lunas, Las Gemelas, que a veces podían ser tres.

Susannah hizo la cena, no permitió que la ayudara a pesar de mi voluntariado a asistirle, Roy trajo de vuelta a Benzo y a otro perro de menor tamaño con el pelaje largo y amarillo, de nombre Azul. Un gato negro con blanco de ojos azules, de tamaño considerable, apareció después maullando, reclamando su cena. Roy alimento a cada animal. Su madre lo regañó por darle de comer al gato, diciendo que ellos podían cazar su propia comida, a lo que este respondió que eso lo haría agresivo y huraño. Azul se acercó a olfatearme, tomando las debidas precauciones ante la extraña, le puse el dorso de la mano en la nariz, la olio y lamio varias veces y se fue, perdiendo interés en mí. El gato me observo de lejos y se acercó con sigilo, paseándose entre mis piernas, restregando sus bigotes y cuerpo en mis zapatos, su cola gruesa y peluda hacia arriba, no me resistí y la apreté. El gato reacciono y lo solté, me miro a los ojos y se fue.

-Ese es Vitalus- dijo Roy-. Hace lo que quiere cuando quiere, pero es bueno.

-¿Son todas tus mascotas?

-Las caseras sí. Atrás tenemos gallinas, una vaca, tres cerdos y un caballo.

-Vaya, tienen muchos animales, les ha de gustar la crianza.

Susannah y Roy se vieron con una sonrisa de complicidad. La madre rio mientras movía un cucharón dentro de una olla al fuego.

-De verdad eres increíble. Quiero saber de dónde vienes como para no conocer nada de esto. La vida fuera de las ciudades es muy diferente, aquí tener varios animales es normal. La comida ya está lista. Ya sé, cuéntanos de tu lugar de procedencia. Estoy intrigada. Tu ropa me causa curiosidad, es exótica y reveladora. Diría que perteneces a alguna tribu de una isla remota, como Kia o Petten, pero no te mueves como si fueras de una de ellas. Eres diferente a cualquier persona que conozca.

-Pero si me conocen de unas horas apenas.

-Son cosas que se notan, como la claridad del agua.

Susannah sirvió a cada uno un platón hondo con caldo de verduras, una pieza de pan y agua simple. Roy comió aprisa, el caldo le resbalaba por las comisuras. Susannah comía con bastantes modales, ponía en la cuchara lo necesario, ni una gota resbalaba o caía a la mesa. Por mi parte, movía la cuchara, haciendo ondas en el caldo. Me obligue a intentar comer, di una cucharada pequeña, estaba simple, pero bueno. Las verduras tenían un sabor distinto a lo acostumbrado, más sustancia. Eran cultivadas en casa y se notaba. Muy diferentes a lo que se encuentra en los supermercados. Me pregunte del pan, le di una mordida; duro, el migajón chicloso, no era la magia que esperaba, lo aparte con discreción.

-Ana- dijo Susannah, limpio su boca con un trapo-. Cuéntanos como es de dónde vienes.

Mire el tazón, como si en el caldo estuviera escrita la respuesta correcta. Esas personas nunca habían visto un teléfono o un aparato eléctrico. Debía abordar el tema con prudencia.

-Se llama Veracruz, está en un país llamado México- hice una pausa para ver si les sonaba, no hicieron ningún gesto. En mi garganta se formaba un nudo, expandiéndose, achicando mi voz. La nuca me vibraba, tome agua para disimular. Si fuera una película, mi actuación hubiera sido digna de un Oscar, no titubee ni mostré ningún sentimiento de mi perdición. Sin embargo, tal vez mi mirada denoto la verdad, por cómo me veía Susannah, que lo veía todo-. Está a nivel del mar, es un puerto donde barcos de todo el mundo van a hacer trueques, descargar y cargar material. Hace mucho calor y es húmedo. Las personas son amigables y llevaderas. Es una ciudad alegre y peligrosa a la vez, en estos últimos años ha habido muchos asaltos, robos y secuestros. Pero así pasa en todo

el mundo.

La mujer asintió seria.

-Estas describiendo cualquier ciudad. Habla de sus costumbres, de la gente...

-Cuéntanos de la magia- atajo Roy.

-¿Magia?- dijo Susannah-. Lo dudo, pero si quisiera saber cómo hacen esas prendas y eso que llevas en los hombros.

-Sí, mamá. Ana tiene un instrumento mágico, lo vi, hizo un gran destello. ¿Qué más puedes hacer?

-Esta ropa es muy común de donde provengo, es hecha de los mismos materiales de sus prendas, de algodón. Es una moda de otra procedencia.

-Y descubierta- dijo Susannah.

-Sí, supongo somos más libertinos en Veracruz en cuanto a vestir. Roy, créeme, no soy mágica.

-Lo siento, a mí no me engañas- dijo Roy, cruzándose de brazos.

-Dime, Roy. En caso de que fuera mágica, ¿Por qué no me temes?

-Oh, eso es fácil. Porque eres buena- sentencio-. Y si no lo fueres, tú tienes algo que no es de este mundo.

El nudo en la garganta volvió, me mordí el labio y aguantaba las lágrimas. El zumbido en la cabeza se hizo presente de nuevo. Tome el resto del agua y di un par de cucharadas al caldo y lo deje, el estómago se me revolvía. Acaricie mi sien en círculos. Susannah se levantó y tocó mi frente.

-Estas muy pálida. Tu cuerpo no tiene temperatura, será mejor que descanses. Preparare tu habitación para que duermas.

La mujer mando a Roy por una cubeta, ella entro a una habitación. El chico me lo acerco, me arrodille en el piso y devolví el caldo y una hamburguesa, que fue mi última comida antes de aparecer en el bosque. Tres veces fueron las que vomite. Roy me sujeto el cabello y me tallo la espalda. Me ayudo a levantarme, mis piernas flaqueaban. Me llevo al cuarto donde estaba su madre tendiendo una cama. Roy me sentó en otra cama ubicada en el otro extremo del cuarto.

-¿Cómo te sientes, Ana?

-Mareada y con dolor de cabeza, señora Susannah.

-Te ves fatal- dijo-. Llámame Susannah o Susan, estamos en confianza. Te traeré ropa para dormir, espera.

Roy se sentó a mi lado.

-Estarás bien, Ana.

-Solo necesito dormir un poco y estaré como nueva- dije-. No te preocupes.

Le revolví el cabello y se lo acomodé a un lado, se veía mejor así. Nunca jamás había querido acostarme a dormir tanto como en ese momento, como si mi vida dependiera de ello. Dormir siempre es bueno en un mal día. Necesitaba desconectarme de estas personas, del lugar, del mundo. Susannah regresó y me tendió un camisón que bien pudiera haber usado mi abuela. Me negué a que me ayudara a cambiarme. Roy y ella salieron del cuarto, era la primera vez que me quedaba sola, respire hondo y me senté en la orilla de la cama. Desabroche mi tenis, masajee mis pies y me quite los calcetines húmedos, los deje en la base de la cama. Me quite el sostén y lo metí a mi bolsa. Dude en quitarme el resto de la ropa, pero estas personas me demostraron que se podía confiar en ellas y que estaba a salvo en su presencia. Me puse el camisón y abrí la puerta. Benzo se encontraba a un par de metros, al darse cuenta de mi presencia, ladro y fue corriendo a mí con la lengua por fuera goteando baba. Roy lo atajo y lo sujeto del cuello.

-Basta- le daba golpecitos en el torso-. Basta. Basta. Anda, lejos, a tu rincón.

Entro con ropa diferente, de dormir. Me aviso que dormiría en la otra cama por si me ponía mal. Corta la conversación y me acosté, me tape con los cobertores, pues hacía algo de frío. Me quede mirando el techo, la única cosa que alumbraba el cuarto era un par de veladoras junto a la entrada, emitían una luz tenue, suave. Estuve en silencio bastante rato, repasando lo que paso. Así jamás conseguiría conciliar el sueño.

-Roy- lo llame desde mi lugar. Él se había acomodado en su cama, pero sin taparse-. ¿Estas despierto?

-Sí, ¿estás bien?

-Estoy bien. ¿Me contarías la historia de Las Gemelas?

-Pensé que no te interesaría una historia tan común.

-Es para entender.

-De acuerdo- dijo, tomo aire y comenzó-. Paso mucho tiempo atrás, mucho antes que las grandes ciudades robaran territorio a la naturaleza y por las cuales paseamos con tanta comodidad, de los Absolutos, antes incluso de la construcción del templo de Rhambroe, que ni los antiguos sabios datan su procedencia. La historia ha pasado de boca en boca a lo largo de cientos de generaciones, y hay tantas versiones de la misma como granos en la playa, los nombres cambian en cada región, pero en la historia permanece algo de verdad. Sin conocer el origen de la historia, debes imaginar un lugar antiguo, con verdes y grandes paisajes por todas direcciones, un ambiente primaveral y brisa de aire de las montañas. Hubo una aldea muy grande con poder sobre otras. El hijo del líder, Sulious, era un joven hermoso y gallardo, fiero en la batalla y gentil con las doncellas, lo que llamaba la atención de él, sobre todas sus cualidades, era su cabello- largo y amarillo que reflejado en luz resplandecía como una joya preciosa- su más grande distinción. Su padre, un hombre fornido y lleno de cicatrices de guerra, con voz fornida le dijo que en un tiempo no muy lejano tendría que partir al mundo desconocido, que pronto su hijo ocuparía su lugar. Y para eso, debía unirse a la eternidad con una mujer de igual virtud. Ahora, encontrar a una mujer con tales descripciones y habilidades no era tarea sencilla. Conocía a mujeres hermosas, a mujeres de buen corazón y a mujeres con habilidades extraordinarias; nunca las tres juntas. Sulious, lleno de pensamientos de matrimonio, fue una mañana lluviosa a sentarse y contemplar su aldea en lo alto de una colina. A la lejanía, se dio cuenta de la percepción de tamaños, estiro el brazo y abrió la mano, tapando la aldea. Bajo la mano y simulo que la cargaba en ella. Iba a ser suya algún día, la gente lo miraría buscando respuestas y ayuda. Se encargaría de tomar todas las decisiones, buenas o malas, la gente haría su voluntad. Se recostó en el lecho de un árbol a dormir. Ninguna mujer de ahí lo valía, ni una se comparaba con lo que podía hacer. La aldea era muy pequeña para él, su futura mujer ideal, estaría en otro lugar. Al bajar la colina y regresar a casa, busco a su padre para decirle que partiría a primera luz hacia nuevos horizontes, su objetivo estaba lejos, cuando encontrara a la mujer ideal, regresaría de la mano con ella. Su padre le advirtió de los peligros del mundo y que, pese a su habilidad, correría peligros que no conocía y que no tenía que viajar a los confines del mundo para encontrar a una pareja. Buscar el amor es como encerrar aire en el puño, dijo el padre, encontraras lo mismo si te quedas o si viajas. Sulious se burló del comentario, argumentando que no sabía de lo que hablaba. Eres bueno en todo lo que haces, hijo, pero eres joven y sigues ignorando tantas cosas. Sulious, enardecido, dijo que probaría al padre su error. Dicho eso, salió dándole la espalda a su padre. Partió al amanecer, como prometió, llevando consigo nada más que su vestimenta y un cuchillo. La gente hablo de él, y pronto los susurros e historias avanzaron más rápido que él. Los sitios cercanos escucharon los

comentarios, de un joven bien parecido de cabellera dorada e hijo de un gran líder, viajaba para encontrar a su eterno amor. Su fama creció, en una semana, todos sabían de su búsqueda. Al cada lugar que iba, los hombres le presentaban a la más hermosa de sus hijas. Sulious juzgaba su belleza con verlas, si calificaban en sus gustos, pasaba a cuestionarlas y ver las habilidades que tenían. Muchas eran hermosas, muchas eran de buen corazón y muchas eran capaces, pero no poseían los tres requisitos, tristemente, rechazaba a todas, y mientras más lugares visitaba, mas era la decepción a su propósito. A lo largo de los años, dicen que su mirada orgullosa y confianzuda, pasó a tener un aire melancólico, y que sus ojos, verde esmeralda, se opacaron. En su aldea, poco a poco se fue comentando menos de su búsqueda y los cotilleos cesaban, la gente hablaba de Sulious como si hubiera marchado cientos de años, convirtiéndolo en leyenda, dejándolo como un eterno vagabundo en búsqueda de su alma gemela. Un acto de valentía digno de recordad por siempre. Cuando nadie lo esperaba, un lejano día de otoño, un campesino recogía vayas en las afueras de la aldea, cuando alzo la mirada, vio un hombre con cabellera dorada bajar por una colina, acompañado de una mujer. El campesino corrió a avisarles a todos la llegada del joven Sulious, todo el mundo salió a su encuentro. La multitud rodeo a la pareja, aclamando su nombre. La gente dio un grito ahogado al verlo, pues lo años habían cambiado a Sulious, de aquel joven quedaba la misma cabellera y los ojos verdes, pero había arrugas alrededor de sus ojos y marcas en la frente, mirada cansada y barba del mismo color que su cabello de meses. Su cuerpo perdió firmeza y en su andar notabas el andar por el mundo a pie. Su mujer, joven y firme, con larga cabellera castaña de ojos grandes y mirada indulgente. Nadie advirtió los bultos en cobijas que cargaban cada uno en sus brazos, hasta que comenzaron a llorar. Las personas se maravillaron y aplaudieron, pidieron verlos a los bebes. La mujer los descubrió con mucho cuidado, permitiendo ver sus delicados rostros. Eran niñas, gemelas, tan hermosas como sus padres. Sulious, después de un rato de festejar su llegada, pidió ir a donde su padre, lo condujeron a una tumba, donde encima había una roca grabada, simbolizando su jerarquía. Sulious pidió estar solo. Se arrodillo ante la tumba, cargando el aire de tristeza. Dicen que esa noche hubo una tormenta y Sulious se quedó ahí, afligido. Le tenía la respuesta a su padre, jamás podría decirle el resultado de su larga búsqueda. Acepto encargarse de la aldea junto a su mujer, quienes la hicieron florecer de una manera espectacular, su reinado fue el más pacífico y rico. Se dice que no había pobres ni vagos, todos tenían un hogar y todos podían acudir al matrimonio para solventar los problemas del día a día. La mirada de Sulious siguió de la misma manera, iba seguido a lo alto de la colina a sentarse y pensar, ni su mujer ni sus dos bellas hijas- que ahora alcanzaban la adolescencia- consolaban el vacío de su corazón. Su padre tuvo razón, uno no debe forzar al amor, sería como comer una fruta aun no madura, cae mal y sabe amarga. Tampoco buscarlo. Ahora, Sulious salía seguido a hacer acuerdos con otras aldeas, cacerías y batallas ocasionales. Sus viajes se volvían más repentinos y seguidos, quedándose

largo rato. Su esposa le reclamaba el tiempo fuera, a lo que el respondía que era necesario, para un bien común. Ella le reprochaba diciéndole que eran ricos, y su gente estaba contenta y la tierra daba sus frutos, no existía la necesidad de salir. Sulious la ignoraba e iba con sus hijas, quienes crecían deprisa. Entonces llegó el día, aquel que regreso de uno de sus viajes, como años antes que llegó con su esposa, acompañado de la mano de una mujer y una niña. Junto a su gente en la asamblea y hablo claro y fuerte: Esta es Nora, mi verdadero amor. Y nuestra hija, Linna. Me encontró, después de tantos años, el amor nos encontró. Esta es la mujer con la que deseo pasar mis días y mis noches. A quien no importa que, la querré por siempre. Su esposa, en medio de la multitud cayó desmayada, cayendo enferma varias semanas. Sulious mudo a Nora y Linna a su hogar. Las gemelas la odiaron, naturalmente, pero la gente daba la razón a que su belleza sobrepasaba la de ellas. Linna soporto los tratos y se defendía con sonrisas y gentileza, las invitaba a jugar y a pasear. Terminó enamorando a la gente del pueblo con su carisma y encanto. Sulious trató de juntar a las tres hermanas, ellas la negaron siempre, estaban llenas del pesar de su madre, quien vivía sin salir, encerrada con su dolor. Nora tomó su lugar, dicen que ella fue a donde la mujer y se disculpó llevándole rosas y cantándole con una voz tan dulce que hacía llorar a los hombres más rudos. La mujer decidió volver a su vida, continuaba teniendo poder en el pueblo, había pasado a ser la consejera de Sulious, su mano derecha. Nora se dedicaba a pasear por el pueblo, yendo de casa en casa y escuchando a cada miembro, comiendo con ellos y cantándoles de vez en cuando, no se metía en asuntos políticos, alegando que conducen a la corrupción del alma. La madre de las gemelas, comenzó a usar vestidos que acentuaban sus curvas y cuerpo. Corren rumores de los numerosos amantes que tuvo. Nunca Sulious mostró gesto alguno por eso. A decir verdad, no volvió a hablarle, a pesar que la otra hacía lo posible por volver. Dicen que desvariaba, entregándose a los pecados del cuerpo y a pociones que nublaban los sentidos. La historia gira, y las acciones tienen repercusión. Al regresar de uno de sus viajes, Sulious entró a su hogar, buscando a sus hijas y esposa. Encontró a Nora en el piso con los ojos abiertos, sin brillo. Abrazó el cadáver y lo cargó, la llevó a la cama, para encontrar el cadáver de Linna y las gemelas. Las junto a todas y las tomó en sus brazos, apretándolas contra sí. Acarició sus cabellos y mejillas, besó a todas en la frente. Lloró sin consuelo, no podía ser casualidad. Solo conocía a una persona capaz de semejante acto. Fue en su búsqueda cargando su espada, se plantó frente a la casa y gritó el nombre a todo pulmón. Las personas escucharon y acudieron, formando la multitud una media luna detrás de Sulious. La mujer salió al encuentro con una sonrisa torcida y las mejillas rojizas con paso tambaleante. El dolor persistirá aunque me mates, dijo la mujer. Sulious, sorprendido por la monstruosidad en la que se convirtió su mujer, puso en alto la espada. Esta se echó a reír. Has envejecido, dijo, triste la mentira que te dices a ti mismo al creer poder superarme. Sulious la atacó con golpes lentos que no eran ni la mitad de lo que fueron en su juventud. La mujer los esquivo con facilidad, le

arrebato la espada y lo tumbo, poniéndole la espada al cuello. Me cambiaste a mí, que lo tengo todo, por una mujer cualquiera de bonita voz, no tiene ni la mitad de mi belleza. Cometí un error, dijo Sulious, creí haber encontrado el amor contigo, pero erre. Lo siento tanto, pero nunca estuve tan satisfecho y feliz como cuando estuve con Nora. Debí esperar y no forzar las cosas, me di cuenta demasiado tarde, apresuramos tanto las cosas para tenerlas al momento que tomamos la decisión incorrecta. Viví engañado, al principio pensé que eras el amor de mi vida, con el tiempo me di cuenta que no. Hasta que conocí a Nora, supe que ella lo era. Tienes razón, no es hermosa como tú, tampoco habilidosa, pero en ella encontré lo que en ti jamás. Y eso es algo que ninguna belleza o capacidad puede igualar. La mujer le atravesó la garganta con la espada y miro como Sulious se ahogaba en su propia sangre. La aldea enmudeció, posteriormente, ella tomo el mando de la aldea. La gente se conmovió por Sulious, quien perdió lo más que amaba por una decisión apresurada en el pasado. Rezaron por él y por las hijas. Su anterior mujer rezo en favor de la traición que le hicieron con todas sus fuerzas. Se dice un dios, de quienes se dice que vagaban disfrazados de mortales por el mundo, escucho las plegarias de ambas partes, y elevo a los difuntos a una eternidad. Sulious seria dueño del día, brindando calor y vida al mundo. Las gemelas serian dueñas de la noche, puesto que en el día serian opacadas por el amarillo resplandor del padre, ellas controlarían el mar y brindarían luz a viajeros y marineros perdidos. Y cada tanto, como en la historia, Linna llegaría después, mostrando su belleza y grandeza junto a las gemelas. Ella daría un hermoso e increíble escenario que contemplar a los humanos.

Contuve abrir los ojos, engañándome que despertaría en mi hogar, ojala el día pasado fuera un mal sueño. La pesadilla era mi realidad. Me quede tumbada, sola en la habitación, Roy se levantó antes que yo. Él sol no estaba en su apogeo, no pasaría de medio día. Por costumbre, tuve el instinto de estirar el brazo y checar el celular. Jale mi bolsa y lo encendí, sin señales. Era lo último que podía hacer. Sin ruidos en el exterior salvo por el de los animales y el de las hojas en las copas de los árboles. Cuando conseguí la energía para soportar el día, me levante y cambie. No había nadie en la casa, la tenía para mí. Susannah dijo que en la mañana platicaríamos para ver mi situación, supongo que se referían a primera hora por la mañana, hora en la que normalmente ni por equivocación estoy despierta. A veces, esa era mi hora de dormir. Mi papá me veía comer en la cocina y me felicitaba por madrugar, yo evitaba su mirada y él me reprochaba por mi mala costumbre, preguntándome a nervios que hacia durante la noche. Siempre evitaba responder, por que traería más leña al fuego, la verdad era que ni yo sabía qué hacía. Me ponía a leer, a ver o hacer algo y de repente la habitación se llenaba con la luz diurna. Duermo hasta que me de sueño, jamás he podido tumbarme y dormir a voluntad. Cuando lo hago pierdo la noche dando vueltas y vueltas, enrollándome a las sabanas, llegando al mismo resultado, pasar la noche en vela. Los consejos de la gente pasaban inservibles. Serví un vaso de

agua de un jarrón en la cocina, me asome por las ventanas, nadie a la redonda. Vi todos esos libros y cosas por la casa, sin nada que hacer, curiosear era lo natural. Las cubiertas de los libros estaban cubiertas de polvo, nadie los habría tocado en años, la lectura no era común en ese hogar, mucho trabajo como para sentarte a leer un rato. El tipo de letra era trabajoso para leer y el inglés pomposo, las letras eran impresas en tinta negra y había imágenes a color. Debajo de uno de los libreros, una caja llena de documentos, cartas y escritos a mano, igual de polvorientos. Muchas cartas repetían el nombre de Arnold como remitente. Deje las cosas en su lugar, no era de mi incumbencia. Eso fue lo que me dije, conteniéndome por la moralidad inculcada. La educación actual es una genialidad, nos moldea con valores y lecciones de vida para hacernos sentir mal al invadir el espacio de una persona o al ser descortés, nos obliga a saludar de mano y ser educados incluso con nuestros enemigos. Modales, sin ellos volveríamos a la barbaridad de la edad media. A veces romper esas reglas está bien, si las personas no desafiaran estas reglas la sociedad no evolucionaría, no habría inventos. En la búsqueda del conocimiento, uno sobrepasa las barreras y llega con el de la forma que sea. Ahí se bifurcan los caminos, el que innova y el que hace guerra. El creador y el destructor. De las estanterías superiores, saque un libro, abriéndolo en una página al azar. Hablaba de las propiedades de un tipo de piedra. Lo cerré y tome otro de diferente librero. Este era de eventos históricos, guerras y descubrimientos. Era una recopilación de lo sucedido en el mundo. El índice hablaba de cualquier cosa menos de eventos ocurridos en México o cualquier lugar del mundo. No hablaba del descubrimiento de América o de las guerras mundiales, tampoco del descubrimiento de la electricidad, de las torres gemelas o la caída del Muro de Berlín ni de filósofos famosos. No había ninguna coincidencia. A pesar del fresco, sudaba. Me había puesto la misma ropa mugrosa que traje, rogaba por un baño caliente. Rogaba por estar en mi casa frente a mi computadora, como la nini inútil sin futuro que era; ver a mi padre. Me preguntaba como estaría, estaba desaparecida, desvanecida de Veracruz. A este momento me estaría buscando por todos los lugares, habría llamado a la policía y a todos mis amigos. Nadie le diría nada, porque no saben dónde estoy. Solo Carla sabía a donde iba y mi ruta. Hable con ella antes de desaparecer. No recordaba lo último que le dije, pero eran quejas de mi vida. Me aleje de los estantes y me tome el vaso de agua y una fruta. No tenían refrigerador, así que la mayoría de alimentos los guardaban en la despensa y una que otra cosa fuera. Me preguntaba qué hacer cuando Vitalus se paseó entre mis pies ronroneando. Era gordo y grande, nunca había visto un gato así, le acaricie detrás de la oreja con la yema de los dedos. El gato cerró los ojos y alzo la cara para que le rascara el cuello. Cuando me detuve, agito su cabeza y camino al cuarto donde dormí, salto a la cama y se enrosco entre las cobijas. Lo que me hizo ver mis malos modales. Ellos me prestaron su hogar por una noche y yo no les pagaría dejando vasos sucios y la cama sin tender. Quite al gato cargándolo, dándole besos y pidiéndole disculpas. Lo pase a la otra cama, se incomodó y salto por la ventana. Al terminar la actividad salí de la casa

y me senté en un banquito a la sombra de un árbol. Vi a Vitalus saltar la cerca y correr por la hierba hasta perderse. Me quede quitándole nudos a mi cabello, esperando a que algo pasara. Y lo hizo, en un rato llegó Roy caminando junto a una niña de unos ocho años de cabello corto y oscuro, similar al del chico. Me saludo de lejos, gritando mi nombre, le susurro a la niña y esta me saludo con alegría.

-Ella es Lorie. Mi hermana- dijo Roy. La niña miraba el piso y sonreía con timidez-. Dile hola, Lorie. Ella es de quien te platique, llego ayer y no la conociste por quedarte en casa de Canna.

-Ho-hola.

Me puse a su altura. Era de ojos grandes, por naturaleza su semblante parecía triste, su rostro lleno de pecas que la favorecían. Era bonita, pero ella no lo sabía. ¿Qué angustia puede cargar una niña tan pequeña en un lugar tan colorido como aquel?

-Mucho gusto, Lorie. Eres muy bonita, ¿Cuántos años tienes?

Me puse a su altura. Era de ojos grandes, por naturaleza su gesto parecía triste, su rostro estaba lleno de pecas que la favorecían.

-Tengo nueve. ¿Y tú?

-Veintiuno. Acabados de cumplir- le guiñe el ojo.

-Es algo tímida- dijo Roy-, pero descuida. Cuando te tenga confianza se transformara en un tornado.

-Ya me lo creo. Espero poder jugar contigo- le dije-. Quisiera conocer los juegos de por aquí. Oye, Roy, ¿sabes dónde está tu mamá? Quería hablar con ella sobre mi situación y para ver si conoce a alguien que me oriente para regresar a casa. Y disculparme por levantarme tan tarde.

Roy negó.

-No te disculpes. Dijo que no hay problema en que te quedes un poco más de tiempo, pero que tendrás que ayudar con el que hacer. Dijo también que no te preocuparas, que estarás a salvo y que cuando se vean platicaran.

-Gracias, Roy. Han sido muy amables, cualquier cosa que pueda hacer...

-Tranquila- me dijo en lo que metía a su hermana a la casa-. Estoy seguro que tú harías lo mismo.

Esa vez volví a sentir como las palabras quedaban atoradas en mi garganta en un bulto. Agradecí el hecho de haber encontrado personas tan buenas, no me sentí suficiente para ellos. Vengo de otro lugar, uno muy egoísta, si yo me hubiera encontrado a Roy tirado en la calle, aunque fuera enfrente de mi casa, lo dejaría ahí y quizá me alejara con rapidez. No soy una buena persona.

-Roy.

El acudió a mí, Loriel se quedó sentada en la sala gritándole a Benzo que viniera a ella.

-Ese perro loco debe estar a cientos de millas, Loriel. Ni trates de llamarlo- se volvió a mí-. Dime, Ana.

Jugué con mis manos. Odiaba ponerme en el centro de todo.

-Me preguntaba si pudieras llevarme al lugar donde me encontraste. Tal vez haya una pista que me diga como regreso.

El chico cavilo sopesando la respuesta, en cuanto mencione regresar, dio un paso atrás y su frente se arrugo. Susannah lo aprenso por ir la vez anterior, dijo que el lugar no era bueno y que tuvo suerte de encontrarse con una mujer, que pudo haber sido diferente. Lo cual me intrigo y me hizo cuestionarme cuál era su preocupación original.

-De acuerdo- Roy suspiro, como quien sabe cómo puede acabar el realizar una mala idea-. Iremos rápido, tenemos que regresar antes que mamá. Si me descubre- sacudió la cabeza-. Mejor ni pensarlo.

-Sera ir y venir. Quiero ver si hay alguna pista que me diga como regresar.

-Sí, pero vamos ya.

Roy se dirigió a Loriel, quien jugaba con una muñeca de madera.

-Ya escuchaste, Loriel- dijo el hermano-. Vamos a ir al bosque a checar algo. Tú no puedes venir con nosotros, así que hazme el favor de quedarte aquí, quieta. ¿Sí?

-¿Por qué no puedo ir?

-Porque es un asunto de grandes. Iremos a investigar, pero será rápido.

-Prometemos contarte en cuanto regresemos- dije, dirigiéndome a la chica en un tono dulce y maternal-. Tendrás que guardar nuestro secreto. Vamos en una misión y tú tendrás que resguardar la casa, ¿entiendes?

Esa será tu parte en esto. ¿Podemos confiar en ti, Lorie?

La chica asintió y se levantó, haciendo una reverencia militar que no había visto antes. Roy le dijo unas cosas antes de partir, aproveche a tomar mi bolsa y checar que todas mis pertenencias estuvieran dentro. Pudiera ser que encontrara como regresar. Que inocente era. Empezamos el camino cruzando una vereda de pasto, Roy dijo que era más rápido que cruzar por todo el camino de tierra partiendo de la casa. Pasar por la hierba significaba picazón, hinchazón y otras molestias pero no estaba en posición de ponerme chula. Subimos la colina en un santiamén, que era el sitio donde se contemplaba la visión de las casas de las personas que trabajaban para los Viktorssons y al centro la mansión, de piedra negra y con sus enormes ventanales. Como esperaba, la maleza hizo su efecto con comezón en mis tobillos, varios puntos rojos los adornaban.

-¿Tú te crees la historia de Sulious, que él es el sol y sus hijas las lunas?

-No- aparto de una patada una piedra-. Pero algo ha de tener de verdad. Mi abuelo decía que así como nosotros crecemos con el tiempo, una historia hace lo mismo. ¿Tú lo crees?

-Es una historia entretenida, si te pones a pensar en ella tiene un mensaje, que es su objetivo, transmitirlo mediante una moraleja. Lo que enseña es verdad, los hechos son falsos.

-Hay tantas historias- dijo Roy-. Es difícil saber cuáles son falsas y cuales verdaderas.

-Con el tiempo uno aprende a distinguir, hay que ser escéptico para no caer en mentiras.

-¿Escéptico?

-Que dudan cualquier hecho.

Nos metimos a la vereda de árboles, Roy me conducía y doblaba en cada árbol como si anduviera en la palma de su mano. No comprendía como identificada donde meterse, como lo recordaba, yo estuviera perdida dando círculos por el mismo lugar sin notarlo de no ser por él. Mientras nos acercábamos al lugar, mi cerebro mandaba una señal escalofriante a mi columna. Sería un momento decisivo, si encontraría una salida o me quedaría varada en un lugar que aún no sabía su nombre.

-Llegamos- dijo Roy.

Trague saliva, inconfundible el lugar. El árbol resaltando con sus ramas gruesas, apartado de los demás en un claro de tierra. Los sonidos del bosque y de las ramas al mecerse con el viento en los alrededores. Mi

cabello se alboroto con el viento y Roy me miró fijamente. No notaba nada, algo que me llevara de regreso. Le di la vuelta al lugar, el chico busco por la tierra y en los troncos. Tuve una idea, saque de mi bolso mi llave suiza, saque la cuchilla y la enterré en el árbol, dando profundas cortes a la corteza. Hubo un sonido, Roy comenzó a buscar la fuente, sin éxito. Dijo que nunca había escuchado nada igual.

-Calma, solo es una notificación. En el teléfono.

Escuche mis palabras y caí en la cuenta. Busque como energúmena por la bolsa el aparato, tirando varios papeles al piso. Olvide apagarlo cuando lo revise por la mañana. Presione la pantalla, en ella, varios mensajes de Whatsapp, Facebook y notificaciones de Instagram, más un par de llamadas perdidas de mi padre. Trate de mandar mensajes pero la línea era muy débil y no salían. El teléfono me mando un aviso de batería baja, un par de mensajes salieron, trate de llamar pero era imposible. Patee el árbol, el hoyo de mi pantalón en la rodilla se desgarró más. Recargue la frente en el tronco, las astillas raspaban mi cara. Trate de recordar cómo había aparecido, siguiendo mis pasos en reversa. Mi padre siempre dice que las respuestas cuando miramos atrás sin emociones.

-Gatos- dije-, Claro. Roy, me dijiste ayer que por aquí normalmente encontrabas gatos, ¿no es así?

-En raras ocasiones.

Me acosté en el sitio donde me encontró el chico, en la misma posición. Recorrí la superficie del pasto y la tierra con las manos, buscando una sensación. Me pare y camine por el perímetro, quería encontrar una conexión, una basura, una piedra, un punto donde diera calor. Cualquier cosa que no debiera estar ahí, cualquier cosa que perteneciera a Veracruz. Claro, el último lugar que recuerdo estar fue en el callejoncito de la pared de ladrillo. La toque, pensando en aquel hombre de traje que la atravesó cuando era pequeña y pensé que lo había soñado o alucinado. Tuve razón todo este tiempo, el tipo de verdad la atravesó. Mi pregunta era, ¿habrá llegado a este mismo lugar?

-¿Qué otras cosas has encontrado por aquí?

Roy había recogido algo del piso, lo tenía en sus manos, observando el objeto, tratando de adivinar su uso. Chasquee los dedos.

-Gatos, más que nada. Hay historias, no las conozco muy bien. Mi mamá dice que este sitio esta maldito. No me deja venir, pero me parece curioso porque no hay nada malo y a veces veo gatos. Aquí encontré a Vitalus cuando él era muy chiquito.

-Ya veo. Tendré que platicar con tu madre- le hice una seña para regresar, volví a mirar-. Otra pregunta, ¿algo se ha perdido en este lugar, cualquier cosa de este lado o una sensación extraña de estar en otro lugar?

-No- recogió una vara del piso y con ella se entretenía pegando a troncos y ramas salidas-, nunca he escuchado que se pierda alguien o una cosa. Se encuentran cosas, pero hasta ahí.

-¿Qué tipo de cosas se han encontrado?

-Yo, gatos. Mi mamá conoce mejor este tema, pero he escuchado que se han encontrado botellas de materiales extraños y bolsas también. Antes la gente venía a menudo a cazar, pero dejaron de hacerlo por la escasez de venados que hay. Aunque siguen viniendo en ocasiones.

-Ya veo, me gustaría platicar con Susannah al respecto de esto. Conocer esos detalles me ayudarían a volver a Veracruz.

-¿Por qué crees eso?

-Por lo que he visto, hay una especie de conexión entre los dos lugares y ese es el punto. Conocemos que vienen cosas desde Veracruz, quizá haya otro punto donde vayan cosas de este lugar a mi ciudad. ¿Ha habido gente desaparecida?

-Por los motivos que tú dices, lo dudo. Pero siempre hay gente perdida, por guerra o cualquier otra razón.

Lo sé, se lo que piensas, la respuesta es sí. Todo apuntaba a que estaba atrapada en otro mundo sin una posible salida. Relatándolo de esta manera, pareciera como si fuera un hielo, que no me afectara mi situación, déjame decir que calmada era lo que menos estaba. Quería gritar por dentro, patalear y tirarme a llorar. Estaba sola en un mundo totalmente desconocido, sabía que posiblemente no me encontraba siquiera en el planeta (¡hay dos lunas!). La otra posibilidad era que estuviera en el pasado. No tenía donde correr, mi retorno era la casa de Roy, con su hermana y Susannah. Lo único que tenía era esa pequeña conexión, que si investigaba, podría comunicarme y hacer una llamada. Mi celular perdía batería a cada momento y dudaba que hubiera un lugar para cargarlo. ¿Cómo es posible? Me preguntaba, como era que fuera real lo que pasaba. En ocasiones pretendía que era un juego, como si vacacionara. Carajo, era como estar en un libro de fantasía o ciencia ficción. Mi gran obsesión y mayor pasatiempo se volvió palpable. Tantas historias leídas deberían darme una idea de que hacer. ¿Qué probabilidad había en que una ferviente lectora del género se encontrara en una

situación así?

Susannah nos esperaba sentada en el pórtico de brazos cruzados, su pie dando golpes inquietos al piso. Loriel acomodada a su lado, acariciando a Azul, quien tenía la cabeza encima de su regazo, dormitando.

-¿A dónde fueron?

-Para que preguntas si ya sabes, mamá.

Roy busco mi ayuda para que la culpa no callera toda en él. Venía absorta en mis pensamientos, no buscando la manera de regresar, sino tratando de aceptar que esto pasaba. Que el lugar y las personas con las que casi llevaba un día conviviendo eran de carne y hueso, que no era un sueño. Y en mi padre, estaría pasando un tormento, primero su esposa y ahora abandonado por su única hija. No sabría si estoy viva o muerta, no había manera para comunicarme con él. Roy me jalo de la camisa.

-Señora Susannah, no sea dura con Roy. La idea de ir fue mía, quería ver si encontraba como regresar. Sé que no le agrada que su hijo vaya a ese lugar, pero insistí, él conocía me advirtió que no era seguro. Siento estorbar.

-El bien sabe a dónde se meten. Tengo que regresar con los Viktorssons, cuando regrese hablo contigo, Roy. Ana, tú y to charlaremos un rato. Me tienes con el pendiente.

Loriel agarro al perro y lo llevo consigo a casa, Roy hizo lo mismo, le recrimino en voz baja a su hermana por acusarnos. Susannah me invito a sentarme con ella, ambas nos quedamos en silencio viendo el cielo tan claro.

-¿Qué descubriste?- dijo la madre.

-Nada útil-tome aire y lo saque por la boca, mire la tierra, decirlo en voz alta era doloroso. Sin embargo-. Solo preguntas.

Susannah asintió sin verme, tenía la atención en el paisaje.

-Dímelas.

-¿Qué sabe de las apariciones en el bosque? Roy me dijo que a veces se encontraban gatos, ahí adopto a Vitalus. Pienso que ese lugar es una especie de conexión con mi ciudad, me conto que personas han encontrado objetos extraños. ¿Jamás han visto personas? No puedo ser la primera. ¿Habrán visto a un hombre bien vestido por casualidad?

-Sí, se han visto personas con ropa extraña que nadie sabe de dónde provienen. Hace algún tiempo, llego al pueblo un tipo mugroso, apestando a orines. Llevaba un trapo y no paraba de olerlo. Se paró en una fuente y se tumbó a dormir a la luz del sol. Cuando despertó le gritaba a la gente que pasaba junto a él, arrojándoles piedras. La ropa que llevaba era desconocida para nosotros. Por como la describen, llevaba unos pantalones similares a los tuyos.

-¿Qué paso con el sujeto?

Susannah se pasó la mano por el cabello.

-Lo mataron. Hay personas que han recogido varios objetos raros. Pero no te emociones, no sé dónde están. Muchos los venden o los conservan en lugares secretos como tesoros. Tampoco pienses que son la gran cosa, porque no se habla de ellos- sacudió la cabeza, volteo a verme con un semblante alegre, contrariando su seriedad de hace un momento-. Como sea, ya habrá tiempo de platicar y conocernos bien más adelante. Ahora vivirás con nosotros.

Me quede petrificada, escuchar esas palabras ha sido de lo más difícil en mi vida, significaba dar por hecho que no regresaría, significaba no volver a ver a mi padre, amigos y familiares, significaba no gozar del internet y no ver ninguna película otra vez o leer una nueva novela. Significaba estar completamente sola en un mundo ajeno.

-Ustedes nada más fueron a ver el lugar, ¿verdad?

-Si- dije, desconcertada, sin saber a qué se refería-. Fuimos y venimos.

-Bien. A Roy le caes muy bien. Deberás cuidarlo y ser un buen ejemplo, él se esfuerza mucho. Es buen chico. Ya casi es un hombre y en poco tiempo tomara decisiones por su cuenta, por eso, si estas con nosotros, tendrás que cuidar de él, como parte de la familia. Y ser paciente, tiene muchas preguntas sobre el lugar de dónde vienes, como tu del nuestro.

-¿Usted lo sabía?

-¿Saber qué?- inquirió Susannah.

-Que no pertenezco aquí.

-Si- suspiro-. Lo supe desde la primera vez que te vi. No sé de dónde vienes o por qué razón estas aquí, tampoco como regresarte. Pero lo hecho, hecho esta, bienvenida a tu nueva vida.